

NOTAS PARA UNA PERIODIFICACION DE LA HISTORIA BIZANTINA

(EL PROBLEMA DE LA CRISIS DEL SIGLO VII)

José Marín R.¹

I

Pocos podrán atribuir exactitud a las grandes periodificaciones históricas, al mismo tiempo que una gran mayoría coincidirá en que, por lo menos, estas son didácticas y cómodas para la transmisión del conocimiento histórico en la enseñanza primaria y secundaria. Como toda convención, esta es discutible, y aun más si, fundamentándose en el “recurso didáctico”² se sacrifica la *exactitud* en beneficio de la *utilidad*. Aparte de la fechas de inicio y término propuestas tradicionalmente para los distintos períodos de la Historia -¿por qué ha de comenzar una época con un acontecimiento político (v. gr. la ascensión de Constantino I al trono imperial de Roma) y terminar con hito geográfico-cultural (v. gr. el Descubrimiento de América)?-, se emplea cierta nomenclatura (Antigüedad, Edad Media, etc.) como mera etiqueta, pero vacía de contenido; una cosa es que todo lo que ocurre en Europa Occidental entre los siglos V y XV constituya una Edad Media, y otra muy distinta es que todos los contemporáneos de los europeos occidentales (bizantinos, musulmanes, u otros), vivan también una Edad Media, sólo por haber existido entre tales hitos cronológicos. Las periodificaciones respetan y reconocen la linealidad del discurrir de la Historia, pero no ocurre lo mismo con la contemporaneidad. Franz Altheim³, cuando habla de una “Edad Media” persa sassánida (que cronológicamente no coincide con el medievo

-
- 1 Magister en Historia. Profesor en las universidades Católica de Valparaíso, Marítima de Chile, Adolfo Ibáñez, Católica de Chile, y colaborador permanente del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” de la Universidad de Chile.
 - 2 v., en general, Castellán, A., “Proposiciones para un análisis crítico del problema de la periodificación histórica”, en: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Universidad de Buenos Aires, 1957-1958, pp. 7-48. El recurso “didáctico” en pp. 15 y s.
 - 3 Altheim, F., *Le Déclin du Monde Antique. Examen des causes de la Décadence. Le Monde Extra Romain - Le Monde Romain*, Trad. de A. Coeuroy, Payot, 1953, Paris, passim, esp. Cap. II.

occidental), nos entrega una clara lección: no basta con el “prejuicio cronológico”, es menester preguntarse qué es una Edad Media, y aplicar el concepto con libertad allí donde, *mutatis mutandis*, sea aplicable. Arnold Toynbee, por su parte, ha realizado esfuerzos importantes por dar contenido a ciertos conceptos cronológicos: una Edad Media es, así, un período intermedio, pero con una característica especial: es un *interregno*, un período de *crisálida*, tiempo de formación. En el pensamiento de Toynbee cada una de las civilizaciones puede tener su propia Edad Media, similar a la europea en cuanto etapa de formación, pero particular y distinta cronológicamente y, también, históricamente. De este modo, la Civilización Grecorromana puede tener su Edad Media, la Civilización Cristiana Occidental otra, y la Civilización Cristiana Ortodoxa, aun otra⁴. El concepto gana en precisión, contenido y profundidad. Así, para la Civilización Cristiana Ortodoxa podemos hablar de una Antigüedad -con una culminación, que llamamos época clásica-, que es la Civilización Grecorromana, y una Edad Media, que es la formación de la Civilización Greco-Ortodoxa propiamente tal, y que identificamos con la época bizantina. Tal esquema, aunque más completo que el tradicional en cuanto reconoce particularidades, sigue siendo inexacto: ¿qué sucede si hablamos de una Civilización Bizantina, con su propia Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna? ¿Es posible? ¿Constituye el mundo bizantino una Edad Media griega? ¿O acaso se trata de la Antigüedad de la Civilización Grecoeslava?

II

Como toda época histórica, la Civilización Bizantina se resiste a la clasificación y periodificación. Para Bury (1889, 1912), por ejemplo, se trata sólo de una continuación del Imperio Romano, en dos etapas: desde 395, el *Imperio Romano Tardío* y, desde 802, el *Imperio Romano Oriental*; para este autor inglés “Bizancio nunca existió, Roma es la que murió en 1453”⁵. Posición aparentemente extrema, por cierto, pero que se sustenta en una realidad: los “bizantinos” se llamaron

4 Toynbee, A., *Estudio de la Historia*, Compendio de D.C. Somervell, Trad. de L.A. Bixio, Alianza, Quinta Edición, 1981 (Oxford, 1946), Madrid, Vol. II, pp. 411 y ss.

5 Cit. por H. Ahrweiler, en: Braudel, F., *Una lección de Historia de Fernand Braudel*, Trad. de E. Lombera, F.C.E., 1989 (Paris, 1986), México D.F., p. 27. Véase tb. Vasiliev, A.A., *History of the Byzantine Empire*, The University of Wisconsin Press, Second English Edition, 1964 (1928), Madison and Milwaukee, Vol. 1, pp. 20 y ss. (existe traducción al español, realizada por J. de Luaces para Gil Editores, 1946, Barcelona). Para la periodificación de Bury: Zakythinós, D., *Historia Bizantina 324-1071*, 1972, Atenas, pp. 24-27, cit. en: Malleros, F., *El Imperio Bizantino 395-1204*, Ediciones del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” de la Universidad de Chile, Segunda Edición revisada, aumentada y actualizada, 1987 (1951), Santiago de Chile, p. 21

siempre, a sí mismos, “romanos”, y su emperador así lo reconocía en su título de *Basileus ton Romaíon* (**BasileuV twn Rwmaiwn**, “Emperador de los Romanos”). Sin embargo, la historiografía del siglo XX ha superado por completo tal idea, concibiendo al Imperio de Constantinopla como un sujeto histórico particular, vástago del Imperio Romano, sí, pero con un perfil propio y distintivo; es lo que se quiere expresar al hablar de *Imperio Bizantino* o *Civilización Bizantina*.

Los primeros intentos de periodificación pusieron el acento en la figura más representativa de Bizancio, el emperador, y, consecuentemente, dividieron su historia según las dinastías reinantes⁶: *Constantiniana* (330-378), *Teodosiana* (379-457), *Leonina* (457-518), *Justiniana* (518-610), *Heracliana* (610-717), *Isáurica* (717-820), *Amórica* (820-867), *Macedonia* (867-1059), *de los Ducas* (1059-1081), *Comnena* (1081-1185), *de los Angelos* (1185-1204), *Lascares* (1204-1258), *Paleóloga* (1258-1453). Esta clasificación, utilizada por bizantinistas de la talla de N. Baynes, S. Runciman y A. Vasiliev⁷, reconoce un sólo hecho, el de la sucesión imperial, sin reflejar los grandes procesos de la historia del milenario imperio, que son los que de una manera u otra, irán esculpiendo el ser histórico bizantino. Habría que agregar, por otra parte, que el Imperio Bizantino era, técnicamente, una monarquía de carácter electivo -en la que los “electores” no hacen otra cosa que reconocer la voluntad de Dios, quien realmente elige al emperador, que por eso es llamado “pronooitikós”, esto es, “providencial”-, en la cual la sucesión dinástica nunca fue reconocida como un derecho, sino que se impuso tardíamente, sustentada en la costumbre y no en el derecho, todo lo cual significa que dividir la historia bizantina según las dinastías reinantes no sólo es un error, sino que puede llevar al lector a formarse una falsa idea de su realidad política y jurídica.

E. Stein (1919) y N. Iorga (1934), intentaron una aproximación que se fundamenta, más allá de la dinastía de turno, en la apreciación de que existen grandes etapas en la historia del Imperio. Prácticamente coincidiendo en la cronología, ambos autores distinguen: desde el 248 para Stein, o desde el 527 para Iorga, el período *Temprano* o *Protobizantino* -según el primero-, o la etapa del *Estado Ecuménico* -en la visión de Iorga-, que abarca hasta el año 641; desde este hito, y hasta los años que corren entre el 1071 y el 1081, estaríamos frente a un período *Mesobizantino* o *Imperio Medio de la Civilización Griega* -en este caso, es cierto, ambos autores coinciden, pero la nomenclatura, etapa *media*, poco o nada nos dice de la realidad histórica-; finalmente -sólo considerando tres etapas es posible hablar de una etapa intermedia-, para el período que abarca desde el 1071-1081 hasta el 1453, Stein

6 v. Runciman, S., *La Civilización Bizantina*, Trad. de A. J. Dorta, Ed. Pegaso, 1942, Madrid, p. 27.

7 Baynes, N., *El Imperio Bizantino*, Trad. de M. L. Díez Canedo y F. Giner de los Ríos, F.C.E., Sexta Reimpresión, 1985 (Oxford, 1925), México, pp. 32 y ss.; Runciman, S., (n.6), pp. 27 y ss. y 281 y ss.; Vasiliev, A.A., (n.5), *passim*.

identifica un período *Bajo Bizantino*, mientras que Iorga habla del *Estado de la Penetración Latina*⁶. Ambas proposiciones, más o menos coincidentes, descansan sobre una visión que, sin estar errada, es muy general. Aun así, reconocemos la validez del concepto de *Estado Ecuménico* o *Protobizantino* como denominaciones para la primera etapa, la una apuntando al significado histórico de la unidad del Mediterráneo, la otra señalando que se trata de una época formativa; de la segunda es rescatable la fecha de inicio (641) -la que debemos retener desde ya, pues volveremos sobre ella-, acierto singular ya que, decir *mesobizantino*, no revela nada acerca de la importancia del período que se abre en tal fecha, constituyendo una designación poco feliz; en cuanto al tercer período, es notable que Iorga exagere la importancia de la ocupación latina, mientras que Stein ni siquiera la considera.

Para Haussig, la clave de la periodificación de la historia bizantina se encuentra en la visión “clásica” del auge, apogeo y caída de las civilizaciones, la cual podrá ser discutible -cuando es elevada al rango de Ley-, pero que, al menos, reconoce una dinámica histórica. Así, se distinguen las *Bases de la Civilización Bizantina* -que no es otra cosa que el Imperio Romano Antiguo (lo que llamaríamos “antecedentes”)-, el *Alba* de la misma, esto es, su formación, su *Ascenso*, *Declinación*, y una *Ultima Fase* que corresponde a la caída. La cronología, en este caso, es difícil de precisar⁷. Una vez más nos encontramos con la dificultad de que bajo tales denominaciones no se descubre ninguna característica especial de la Civilización Bizantina, aparte de decirnos que ésta comenzó, llegó a su cenit y decayó, cosa que se puede afirmar respecto de otras muchas civilizaciones.

Según F. Malleros, existen tres grandes etapas en la historia de Bizancio: entre 395 y 641, el *Período Romano*, desde 641 y hasta 1204, el *Estado Griego Medieval*, y, finalmente, la *Fragmentación, Decadencia y Caída*, hasta 1453⁸. División muy amplia, es cierto, pero que da luces acerca de un hecho relevante: la creciente helenización del Imperio. Más detallada es la proposición de G. Ostrogorsky, quien distingue siete períodos: *El Temprano Estado Bizantino* (324-610), *La Lucha por la Existencia y la Renovación del Estado Bizantino* (610-711), *La Epoca de la Crisis Iconoclasta* (711-843), *La Epoca de Oro del Imperio Bizantino* (843-1025), *El Gobierno de la Aristocracia Civil de la Capital* (1025-1081), *El Gobierno de la Aristocracia Militar* (1081-1204), *Gobierno Latino y Restauración*

6 v. Malleros, F., (n.5), pp. 20-22, donde se cita la obra de Zakythinós, D., (n.5), pp. 24-27. Acerca de estos autores, v. th. Vasiliev, A.A., (n.5), passim.

7 v. Haussig, H. W., *Histoire de la Civilisation Byzantine*, Trad. de J. Décarreaux, Tallandier, 1971 (Segunda edición alemana: Stuttgart, 1966), Paris.

8 Malleros, F., (n.5), p. 20.

del Imperio Bizantino (1204-1282), *La Declinación y la Caída del Imperio Bizantino* (1282-1453)⁹. El problema de esta periodificación es que no está claro el fundamento, mezclándose los puntos de referencia: criterio cronológico (v.gr. *temprano estado*), noción de nacimiento, auge y decadencia (*época de oro, declinación y caída*), junto con una división muy cercana a la dinástica (*aristocracia civil o militar, gobierno latino*). El aporte está, por otra parte, en la identificación más clara del período que se abre en 610 y que, como ya veremos, reviste gran importancia.

Prescindiendo de la noción de decadencia y apoyándose en el carácter helénico del Imperio, H. Ahrweiler divide su historia en cuatro períodos: *Epoca Protobizantina* (s. IV-VI), en la cual se están cuajando los elementos que caracterizarán en etapas posteriores a la Civilización Bizantina; *Epoca de la Formación de un Estado Medieval Oriental* (s. VII-IX), identificándose, pues, una era de cambios que comienza en el siglo VII; *Epoca de Oro del Estado Cristiano Oriental* (s. IX-XI), cuando emerge históricamente bien definido el Imperio Griego Ortodoxo; *Epoca del Imperio Griego* (s. XIII-XV), prolongación de la etapa anterior. La historiadora griega, prudentemente, no se apoya en fechas exactas, prefiriendo aproximaciones más genéricas¹⁰. Es un intento interesante y que recoge la noción de Imperio Griego Cristiano Oriental, pero no nos entrega ninguna precisión respecto del período crítico que se inicia en el siglo VII.

Todos estos ejemplos tienen en común dos cosas: por un lado, carecen de un fundamento apropiado -problema del cual nos ocuparemos más adelante-, y por otro, el reconocimiento de que existe un período, aproximadamente entre 550 y 640, que marca el fin de una etapa formativa y el inicio de una de transformaciones, y que se extenderá hasta el siglo IX. Es la llamada “crisis del siglo VII”, que hunde sus raíces en la centuria anterior y que se prolonga en las siguientes, hasta la llamada “renovación” del siglo IX. Esta crisis tiene una serie de características que es necesario identificar, aunque sea sumariamente, para ponderarlas en forma adecuada.

Los reinados de Justiniano I (527-565) y de Heraclio (610-641), constituyen dos polos dentro de un mismo proceso histórico, caracterizado por el fin del “ecumenismo romano” y el comienzo del helenismo bizantino oriental, cultural y geográficamente hablando. Si Justiniano puede ser llamado el “último emperador romano”, Heraclio bien puede ser considerado el “primer emperador bizantino”. Aquél, imbuido del espíritu imperial latino, asume la tarea de restaurar el Imperio Universal, emprendiendo la Reconquista, tarea en la cual se empeñarán todos los

9 Ostrogorsky, G., *History of the Byzantine State*, Transl. by J. Hussey, Rutgers University Press, 1957 (1940), New Jersey.

10 Ahrweiler, H., “L'Empire Byzantine. Formation, évolution, décadence”, en: *Recueils de la Société Jean Bodin*, 31 (Bruxelles, 1973), ahora en: Ahrweiler, H., *Byzance: les pays et les territoires*, Variorum Reprints, 1976, London, pp. 181-198.

recursos diplomáticos, económicos y militares con que cuenta el emperador. El “sueño ecuménico” parece en ese entonces hacerse realidad: Bizancio, esto es, la Segunda Roma, es, como lo fue la Primera, Señora del Mediterráneo, restaurando su autoridad en el norte de Africa, levante ibérico y norte de Italia. En una perspectiva “localista”, la gran empresa político-militar de Justiniano puede parecer muy exitosa; no obstante, a la vuelta de algunos años comienzan a percibirse signos de debilidad, síntomas de una enfermedad que tendrá como consecuencia, primero, la pérdida irremediable y definitiva de las provincias reconquistadas, y, segundo, debido a que la política de Justiniano, centrada en Occidente, favoreció, a la larga, a poderosos enemigos del Imperio (lombardos, eslavos, ávaros, entre otros), éste deberá soportar, también, la pérdida de otras importantes provincias: Egipto y Siria-Palestina sucumben bajo la arremetida árabe musulmana, nueva fuerza político-militar alimentada de un fuerte sentimiento místico y que hace su aparición en el Mediterráneo en las primeras décadas del siglo VII; los ávaros y eslavos, esteparios los unos e indoeuropeos los otros, se hacen con el control de los Balcanes. Heraclio, por su parte, contempló en algún momento la posibilidad de trasladar a Occidente la capital, específicamente a Cartago -su ciudad natal-; empero, su política, en definitiva, se concentró en Oriente. Justiniano y Heraclio, pues, cierran el ciclo latino. El Imperio se contrajo territorialmente para ejercer ahora su soberanía en Tracia, Constantinopla y su *hinterland*, Armenia y Anatolia; se trata de una zona históricamente griega, por lo que la reducción material significó, al mismo tiempo, una fortaleza cultural, al consolidarse el carácter helénico del Imperio. Si Justiniano había sido *Imperator*, Heraclio ya es *Basileus pistós en Christo* (Βασιλεὺς πιστός ἐν Χριστῷ, “Emperador fiel a Cristo”), título que adopta en 629 y que resume espléndidamente el espíritu griego y cristiano del Imperio Bizantino. Es importante destacar que la pérdida de los Balcanes va a implicar, puesto que las principales vías terrestres que comunican Oriente y Occidente -como la *Via Egnatia*- quedan interrumpidas, un distanciamiento entre Roma y Constantinopla, el cual, andando el tiempo, se hará cada vez más notorio en los planos político, religioso, lingüístico y, en general, cultural. La división administrativa que sancionara Teodosio el Grande en 395, y consolidada en los años siguientes, está completada y ampliada dos siglos y medio más tarde. El Imperio Antiguo ha cedido su lugar al Imperio Medieval.

Entre 530 y 535 se publicó el *Corpus Iuris Civilis* (C.I.C.), hercúlea labor encargada por Justiniano, cuyo fin era dotar al Imperio de un cuerpo jurídico que se adaptara a su realidad, concibiendo un Derecho elaborado a partir de la tradición latina a la vez que inspirado por la moral cristiana. El C.I.C., como su nombre revela, estaba en latín, lengua jurídica por excelencia, con una tradición que se remonta hasta la codificación de las *Doce Tablas*, es decir, una lengua que se ha puesto a prueba una y otra vez en el campo del Derecho, perfeccionándose durante casi un milenio. Justiniano reconoce este hecho, otra expresión no sólo de su cariño por la tradición latina, sino, además, de su compromiso con el legado romano, *alma mater*

de su ideario político. Pero la realidad también debe ser ponderada por el gobernante, y esta indicaba que la lengua latina, en el Imperio, ya no era usada corrientemente; así, las *Leyes Nuevas*, o *Novellae*, posteriores al *C.I.C.*, son promulgadas en griego, la nueva “voz patria” (πατριος φωνη). El patriotismo romano, pues, cede su puesto ante el patriotismo griego.

Angel Castellán, en su artículo ya citado, sostiene que entre los elementos que caracterizan el inicio de un período “medieval”, ocupa un lugar importante la *Völkerwanderung* o migración de pueblos -expresión más suave y menos comprometida que la de “invasiones”-. Durante el período que nos interesa, diversos pueblos se integran a la Historia Universal, integración que -tal como ocurrió en Occidente entre los siglos IV y V- es dramática en su primera fase para el poder central, pero que a la larga es muy fecunda históricamente. Avaros, serbios, croatas y búlgaros, desde la estepa, eslavos desde el norte del Danubio, musulmanes desde el sur-oriente, tales son los nuevos pueblos con los cuales Bizancio, después del primer período de choque, tendrá que aprender a relacionarse, aprendizaje que, a diferencia de lo que ocurrió con el Imperio Romano Occidental, va a garantizar su futuro por varios siglos más. La plasticidad del Imperio al enfrentar las circunstancias históricas adversas es notable: frente a la imposibilidad de seguir sosteniendo el “ecumenismo latino”, se opta por la vía de establecer lazos de amistad entre Bizancio y los nuevos vecinos, integrándolos a una comunidad cultural, una “familia” de naciones, verdadero *commonwealth*, como la llamará D. Obolensky (ciertamente, el caso musulmán queda fuera de este esquema, pues si bien existirán relaciones diplomáticas, la integración es imposible; se trata de dos mundos excluyentes el uno respecto del otro). Esto no significa renunciar a las pretensiones universales, es sólo el reconocimiento de una realidad; es la concreción del Plan Providencial -sólo que por una vía nueva-, ya que la inclusión dentro de la comunidad bizantina exige una conversión religiosa, política y cultural, de manera que estos pueblos se suman a una tarea histórica, liderada por Constantinopla, pero que es de toda la Cristiandad. Volviendo a nuestro punto de partida, el período en cuestión, que se inicia en el siglo VI y que llega a alcanzar dimensiones trágicas en el siglo VII -como que el Imperio, amenazado en todas sus fronteras, parece a punto de perecer-, marca también una era de cambios no sólo territoriales, sino también de orientación política. Las migraciones de pueblos bárbaros señalan el fin de una etapa y el comienzo de otra. Además, el impacto global que ocasiona esta situación externa no es despreciable: contracción demográfica, movimientos migratorios -v.gr. griegos de Egipto, Siria y Palestina que dejan su tierra para dirigirse a Anatolia o, más lejos, a Sicilia-, despoblación de unas ciudades y destrucción de otras con la consiguiente ruralización de la población, todo ello asociado a una crisis económica producto tanto del abandono de los campos como de la pérdida de ricas provincias, como es el caso de Egipto, y la consecuente reducción de la mano de obra.

A esta conmoción exterior se sumará otra interior, la desgarradora “Querella de las Imágenes”, fenómeno de origen teológico pero que llega a adquirir ribetes políticos y también sociales. El problema es posterior, *strictu sensu*, a la crisis del siglo VII, pues abarca los años 726 a 843; sin embargo, se relaciona con ésta de algún modo ya que podría pensarse -como sugiere N. Baynes- que esta agitación religioso-político-social se constituyó en una válvula de escape para un pueblo sometido a un acoso exterior constante así como a un prolongado enclaustramiento dentro de los muros de su propia ciudad que, al mismo tiempo que protegen, encarcelan. La tensión psicológica sostenida y acrecentada en el tiempo terminó por rebasar los límites de tolerancia aceptables, encontrándose un desahogo en el problema de la veneración de las imágenes -lo cual no significa desconocer, por cierto, las raíces históricas de la disputa ni el carácter profundamente religioso de la población bizantina, que la impulsa a defender, a veces violentamente, lo que aprecia como propio e intransable, porque en ello se juega la salvación eterna-. Es el alto precio que Bizancio tuvo que pagar por su milenaria existencia⁸.

Los cambios políticos, sociales, económicos, religiosos, lingüísticos, que acarrearán la crisis del siglo VII, implican, pues, el fin de una era que, hundiendo sus raíces en la Antigüedad, es, al mismo tiempo, simiente de una nueva época. Pareciese que la discutible -y discutida- tesis de H. Pirenne se cumple, *mutatis mutandis*, en el caso del Mediterráneo Oriental⁹. De acuerdo con la proposición del ilustre historiador belga, la Antigüedad, encarnada en la *Romania*, se proyecta más allá del siglo V, cuando cae políticamente el Imperio Romano de Occidente, esto es, que la estructura de la *Romania*, prácticamente sin cambios, persiste históricamente, postulado que, si bien no se ajusta a la realidad del Occidente Latino, sí lo hace respecto de la realidad oriental, como queda demostrado en nuestro planteamiento precedente. El error de Pirenne, en este caso, radica en no haber resaltado suficientemente el caso de Bizancio, donde habría hallado pruebas “positivas” -y no sólo teóricas- más de acuerdo con su tesis. El siglo crítico, siguiendo a Pirenne, es el que media entre 650 y 750, cuando Oriente y Occidente se separan definitivamente al emerger el mundo

8 Puesto que esta apretada síntesis es un resumen bibliográfico y no un estudio propiamente tal, y con el fin de no atormentar al lector con una erudición pedante y en este caso innecesaria, hemos omitido las notas. Aparte de las obras que serán citadas más adelante, se pueden consultar los manuales ya citados de N. Baynes, F. Malleros, G. Ostrogorsky, S. Runciman, y A. Vasiliev, como tb. la obra de Ducellier, A., Kaplan, M., Martin, B., *El Cercano Oriente Medieval*, Trad. de E. Bajo, Akal, 1988 (Paris, 1978), Madrid, passim; Ostrogorsky, G., “The Byzantine Empire in the World of the Seventh Century”, en: *Dumbarton Oaks Papers* (=DOP), 13, 1959, pp. 1-21; Obolensky, D., *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453*, Cardinal Ed., 1974 (1971), London, passim. Tb. Clair, Ch., “Lengua Helénica”, en: *Byzantion Nea Hellás* (=BNH), 2, 1971, pp. 189-185.

9 v. Pirenne, H., *Mahoma y Carlomagno*, Trad. de E. Benítez, Alianza, Tercera Edición, 1981 (1937), Madrid, passim. Para una buena crítica de esta obra: Bark, W. C., *Orígenes del Mundo Medieval*, Trad. de L. Mirlas, Eudeba, Segunda Edición, 1978 (Stanford, 1958), Buenos Aires, pp. 7-37.

musulmán como una nueva potencia en el Mediterráneo. Sólo entonces comenzaría lo que conocemos como Edad Media. De la obra de Pirenne, así, debemos rescatar dos cosas: primero, que sus hitos cronológicos coinciden, *grosso modo*, con la visión que hasta aquí hemos venido resaltando; segundo, la relevancia atribuida a la expansión musulmana¹⁰.

La importancia del siglo VII para la Historia Universal, en general, y para la historia bizantina, en particular, ha sido puesta en relieve, también, por el profesor Héctor Herera Cajas, sólo que esta vez con una visión más general que incluye, junto a Bizancio y el mundo islámico, al Imperio Persa Sassánida, en Oriente, y al poderío ávaro -además de serbios, eslavos, croatas y búlgaros-, en Occidente¹¹. En efecto, hay que reconocer, para situar los procesos históricos en su justa perspectiva, que una explicación unívoca es equívoca, ya que son muchos los protagonistas que se encuentran relacionados, de una u otra forma, con el Imperio Bizantino. Una vez que se ha alcanzado a dimensionar el problema desde una óptica universal, es posible referirse coherentemente a los procesos de índole particular: v.gr. los cambios étnicos¹², las mutaciones de la vida urbana¹³ o las fluctuaciones de las fronteras imperiales¹⁴. D. Zakythinós, precisamente, llama la atención sobre ésto: estudia un caso específico, pero representativo (Grecia), para luego ubicarlo en un cuadro global. Según este autor, entre 650 y 850 aproximadamente, se vive en la antigua Hélade un período de oscuridad, de crisis y de cambio; es la muerte de la Antigüedad Grecorromana y el comienzo de lo que podemos llamar Edad Media Griega. “Después de mediados del siglo VII, y hasta mediados del IX, la historia de Grecia presenta un período de decadencia; los testimonios de las fuentes acerca de esta tierra clásica de gloriosos recuerdos, se tornan raros e imprecisos; ningún monumento del espíritu es erigido, ningún manuscrito literario proviene de esta región donde la escritura

10 v. tb Ahrweiler, H., (n.5), pp. 28 y ss.; Herrera, H., “Las estepas euroasiáticas: un peculiar espacio histórico”, en: *El Espacio en las Ciencias*, Editorial Universitaria, 1982, Santiago de Chile, p. 179; Lewis, A., “Mediterranean Maritim Commerce: A.D. 300-1100 Shipping and Trade”, en: *Settimane di Studi sull'Alto Medioevo di Spoleto* (=SSS), Vol. XXV, t. II, pp. 492 y ss.

11 Herrera, H., “Dagoberto y Heraclio. Un capítulo de historia diplomática”, en: BNH, 2, 1971, p. 135.

12 Charanis, P., “Ethnic changes in the Byzantine Empire in the Seventh Century”, en: DOP, 13, 1959, pp. 23-24. Véase tb. Marín, J., “La cuestión eslava en el Peloponeso Bizantino (siglos VI-X)”, en: BNH, 11-12, 1991-1992, pp. 205-244; Marín, J., “Croatas y Serbios en el De Administrando Imperio de Constantino VII Porphyrogénito”, en: BNH, 13-15, 1993-1996, pp. 55-79.

13 Ostrogorsky, G., “Byzantine cities in the Early Middle Ages”, en: DOP, 13, 1959, pp. 45-46.

14 Ahrweiler, H., “La frontière et les frontières de Byzance en Orient”, en: *Actes du XIV Congrès International des Etudes Byzantines* (1971), Bucarest, 1974, ahora en: Ahrweiler, H., *Byzance: les pays et les territoires*, (n.12), pp. 209-230; Stratos, A., “Les frontières de l'Empire au cours du VII Siècle”, en: *Actes du XIV Congrès International des Etudes Byzantines* (1971), II, Bucarest, 1973, ahora en: Stratos, A., *Studies in 7th Century Byzantine Political History*, Variorum Reprints, 1983, London, pp. 421-434.

plasmó las obras más sutiles del pensamiento humano; poco numerosos y muy discutibles son los vestigios arqueológicos; pocas inscripciones, unos humildes *graffitis*, han sido conservados; las monedas y los sellos son raros¹⁵. Es el fin de una era monumental y artística que, para los griegos, se prolonga sin interrupción desde la Antigüedad Clásica¹⁶. Los testimonios arqueológicos y artístico-arquitectónicos, cuando los hay, constituyen un claro testimonio de que la llama de la Civilización parece apagarse, para quedar apenas un rescoldo que, cuando soplen vientos de renovación desde la Capital Imperial, a fines del siglo VIII y comienzos del IX, se reavivará para dar una nueva luz, no menos brillante que la anterior, aunque distinta. Para Zakythinós esto sería un abismo, la “Gran Brecha”, que separa dos paisajes históricos bien definidos: desde un punto de vista arquitectónico, por ejemplo, es el fin de la era de la basílica paleocristiana y el comienzo de la era de la iglesia cruciforme, así como, en el aspecto urbano, la soberbia ciudad helénica es reemplazada por el *kastron* (καστρον) bizantino, de acentuado carácter militar¹⁷. Se podría explicar el fenómeno, en los Balcanes, a partir de las invasiones ávaro-eslavas y búlgaras, que ciertamente afectaron profundamente a la población helénica; sin embargo, ello sería minimizar y simplificar procesos más complejos¹⁸. El problema balcánico, en efecto, debe considerarse como parte de la crisis bizantina, y esta, a su vez, no se puede entender si no es integrándola a una crisis mediterránea; las invasiones ávaro-eslavas, los terremotos, epidemias y hambrunas, o la Querrela Iconoclasta, son fenómenos más o menos locales que no alcanzan a explicar el cuadro completo. Es la expansión musulmana -que avanza a costa de la debilidad persa y bizantina¹⁹- la que rompe el equilibrio²⁰, creando una conmoción a escala mundial²¹. Para Zakythinós, el diecisiete de septiembre del año 642 es una fecha simbólica, ya que es entonces cuando Alejandría cae en manos musulmanas, y junto con la ciudad lo hace aquel ideal que su fundador había incorporado a la historia de la Civilización Grecorromana²².

15 Zakythinós, D., “La Grande Brèche dans la tradition historique de l’hellénisme du Septième au Neuvième siècle”, en: Caristhrión eiV Anastasíon K. Orlandon. *Dhmosieuma thV en AqhnaíV EtaíreiaV* (en AqhnaíV, 1966), ahora en: Zakythinós, D., *Byzance: Etat - Economie - Société*, Variorum Reprints, 1973, London, p. 300.

16 *Ibid.*, pp. 301 y s.

17 *Ibid.*, pp. 312 y 318 y ss.

18 *Ibid.*, p. 314.

19 v. Herrera, H., (n.16), p. 135; Lemerle, P., “Les répercussions de la crise de l’Empire d’Orient au VII^e siècle sur les pays d’Occident”, en: SSS, Vol. V, t. II, ahora en: Lemerle, P., *Le monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum Reprints, 1978, London, p. 716.

20 Ahrweiler, H., (n.5), p. 28.

21 Zakythinós, D., (n.20), pp. 315-317.

22 *Ibid.*, p. 324. Revísense tb., del mismo autor, los siguientes artículos, donde igualmente hace referencia a la “Gran Brecha”: “Etatisme Byzantine et expérience hellénistique”, en: *Mélanges Henri Grégoire*,

A. Stratos, eminente bizantinista que estudió con vivo interés el siglo VII, señala que esta es una época “verdaderamente grave” para el Imperio, un “siglo crucial”, en que “se lucha por la existencia misma de Bizancio”²³, la cual se gana, de algún modo, como señala G. Ostrogorsky, abandonando el “sueño romano” para enfrentar la realidad²⁴; ambas visiones coinciden con las que hemos analizado precedentemente. Sólo Paul Lemerle duda que se trate de una crisis, precisando que estamos, más bien, frente a un período de *transformaciones*, durante el cual el eje del equilibrio del Imperio se desplaza hacia el Oriente²⁵. Zakythinós discute tal posición, recalcando que es ésta una *crisis* política, económica, social y espiritual²⁶, para concluir afirmando que “situado sobre la Gran Brecha, es la ruina del helenismo universal lo que observo”²⁷. Si, siguiendo a H. Herrera²⁸, una *crisis* es un período de *cuestionamientos profundos* que exigen *respuestas* comprometidas y comprometedoras y racionales, nacidas de un espíritu templado en este acto tremendamente histórico, las que una vez actualizadas llevarían a una *transformación* -radical o no- de un ser histórico determinado, la discusión entre Lemerle y Zakythinós parece ociosa. Más importante, y más complejo, nos parece el determinar si se trata de una *crisis* que llevó a una *transformación*, o viceversa. Respecto de la supuesta *decadencia*, éstas se producen cuando una Civilización se muestra incapaz de superar reiteradas y agudas crisis; la renovación bizantina del siglo IX demuestra, a nuestro juicio, que el Imperio supo encontrar las respuestas adecuadas, evitando, precisamente, la decadencia. Vigorizando las raíces helénicas, Bizancio supo ganar un futuro próspero.

II. Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves, X, (1950), Bruselas, 1960, pp. 667-680; “Byzance et les peuples de l'Europe du Sud-Est. La synthèse Byzantine”, en: *Actes du Premier Congrès International des Etudes Balkaniques et Sud-Est Européennes*, Sofia, 26 Août - 1 Septembre 1966, t. III (Sofia, 1969), pp. 9-26. Ambos trabajos han sido reeditados en el volumen ya citado, (n.20), de Variorum Reprints.

23 Stratos, A., (n.19), p. 421.

24 Ostrogorsky, G., (n.13), p. 20.

25 Lemerle, P., (n.24), pp. 713 y ss. Dujcev, I., “L'arrivo dei popoli slavi e le sue conseguenze”, en: SSS, Vol. XXIX, t. I, pp. 142 y ss., coincide de alguna manera con Lemerle, precisando que existe una continuidad más que una ruptura con el pasado.

26 Zakythinós, D., (n.20), p. 317.

27 Ibid., p. 324.

28 Herrera, H., “El sentido de la crisis en Occidente”, en: *Academia*, 8, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, 1983, ahora en: Herrera, H., *Dimensiones de la Responsabilidad Educacional*, Ed. Universitaria, 1988, Santiago de Chile, pp. 70-78.

III

Conocidas las diversas las diversas proposiciones de los distintos autores aquí citados, podemos concluir que, primero, no existe una periodificación apropiada para el caso bizantino, pues las propuestas revisadas demuestran que, normalmente, el criterio utilizado es confuso; segundo, que -y en esto sí coinciden los autores estudiados- existe un período de cambios que se abre en el siglo VII, se continúa a través de la centuria siguiente para dar paso, en el siglo IX, a una etapa de renovación, todo lo cual nos lleva a aceptar, *grosso modo*, las tesis que señalan a los siglos VII y VIII como el fin de la Antigüedad, al menos para el caso del Mediterráneo Oriental; tercero, que es imposible estudiar tal período si no es considerando el panorama histórico global, integrando al estudio del Imperio Bizantino propiamente tal su periferia (ávaros, eslavos, serbios, croatas, búlgaros, musulmanes, entre otros); cuarto, que el concepto de “brecha histórica”, que separa dos paisajes históricos espacial, económica, urbana, religiosa y políticamente distintos, es apropiado, ya que, a pesar de las discusiones, sí hubo crisis, como también, evidentemente, transformación.

Quisiéramos, finalmente, detenernos en la primera conclusión apuntada, pues nos parece que es la única que queda sin resolver. Nuestra intención es proponer, a partir de las obras y cronologías ya estudiadas, nuevas posibilidades, fundadas en criterios únicos para cada caso. Evidentemente, estas son visiones personales, por tanto subjetivas, y, por cierto, perfectibles, ya que no pueden escapar a errores y defectos propios de las periodificaciones, esto es, considerar unos hechos y no otros, así como no se puede evitar la sensación del cambio brusco entre una época y otra, lo que sabemos que en la historia no sucede (por ello las fechas de inicio o término propuestas para cada etapa tienen un valor más simbólico que real). De cualquier modo, el intento vale la pena y, aún más, después de haber cuestionado a importantes bizantinistas, nos parece un deber plantearnos claramente al respecto.

Nuestra primera proposición se funda en el *carácter helénico del Imperio*, desde su formación como Imperio Latino (Romano) hasta su consolidación como Imperio Griego. Hemos asumido el concepto de *brecha* pues nos parece adecuado para distinguir el helenismo “antiguo” del “medieval” o bizantino. Quizás las últimas partes de esta cronología sean las más débiles, pues consideran un prolongado lapso de tiempo; no obstante, más precisiones exigirían un estudio pormenorizado del período que, por ahora, dejamos como tarea a estudiosos más capaces y mejor dotados que nosotros. No se ha considerado al Imperio Latino (1204-1261) porque, *strictu sensu*, no corresponde al Imperio Bizantino, sino sólo a la historia fáctica de la ciudad de Constantinopla y de algunas provincias. La proposición es la siguiente:

- I. Epoca Protobizantina o Romano Latina (330-476).
- II. Epoca de Transición Latino-Griega (476-641).
- III. La Gran Brecha del Helenismo (641-843).
- IV. El Imperio Griego Medieval (843-1071).
- V. El Fin del Imperio Griego Medieval (1071-1453).
- VI. Epoca Postbizantina o Grecoeslava.

Tomando en cuenta el lento proceso que lleva desde el Imperio Católico Romano hasta el Imperio Griego-Ortodoxo, es decir, la historia de la *Iglesia Imperial Bizantina*, hemos elaborado la siguiente cronología:

- I. El Imperio Católico Ecuménico (325-717).
- II. El Período Iconoclasta (717-843).
- III. El Imperio Católico Griego (843-1054).
- IV. El Imperio Griego Ortodoxo (1054-1453).

En este caso, se le da especial relevancia, por un lado, a la Querrela de las Imágenes y al triunfo de la Ortodoxia en el 843, y, por otro, al gran cisma de 1054 que, sancionando un antiguo conflicto, marca simbólicamente²⁹ la separación definitiva entre las iglesias de Roma y Constantinopla. Se podría, todavía, agregar una quinta etapa, postbizantina, la del Imperio Ruso Ortodoxo, desde la época de Iván III (1462-1505), quien contrajo matrimonio con una princesa bizantina, se proclamó como *Zar* (emperador), a la vez que elevó a Moscú al rango de *Tercera Roma*, sin olvidar, más tarde, la importante reforma por la cual Pedro el Grande (1689-1725), en 1721, sustituyó al Patriarca, como cabeza de la Iglesia, por el Santo Sínodo Moscovita.

Nuestra tercera proposición se sustenta en la *extensión geográfica del Imperio*, y, dadas las oscilaciones que esta sufrió a lo largo de mil años, es bastante difícil de precisar; de las tres periodificaciones parece la más compleja:

- I. El Imperio Mediterráneo Ecuménico (330-476).
- II. La Fragmentación del Imperio (476-550).

29 Acerca de las verdaderas repercusiones de esta fecha, v. Lemerle, P., "L'Orthodoxie Byzantine et l'Oecuménisme Médiéval: les origines du "schisme" des Eglises", en: *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, Quatrième Série, 2, Paris, 1965, ahora en: Lemerle, P., *Essais sur le Monde Byzantin*, Variorum Reprints, 1980, London, pp. 228-246.

- III. La “Restitutio Imperii” (550-641).
- IV. El Fin del Ideal Ecuménico Romano o el Imperio Tracio-Anatólico-Armenio (641-690).
- V. Los “Themas” y la Restauración Anatólico-Balcánica (690-880).
- VI. El Imperio Anatólico-Balcánico (880-1180).
- VII. La Contracción Territorial en Oriente y Occidente (1180-1204).
- VIII. El Imperio de Nicea (1204-1261).
- IX. El Imperio de Constantinopla y la Restauración Territorial:
 - 1. Del Imperio Restituido al Imperio Balcánico (1260-1340).
 - 2. El Avance Otomano y el Fin del Imperio (1340-1453).

Es evidente que sobre este tema queda mucho por hacer: integrar en un todo -lo que nos parece imposible, pero digno de intentarse- las cronologías aquí apuntadas, o, mejor, estudiarlas más detenidamente, integrando a la vez nuevos criterios para establecer periodificaciones sustentadas, por ejemplo, en la historia del Arte, de la Economía, de las Relaciones Internacionales, etc. Estamos seguros que un trabajo tal reforzará aún más la tesis de la “crisis del siglo VII” o “Gran Brecha” que, como queda ya demostrado suficientemente, constituye un período clave de la Historia Bizantina.

* * *

NOTES FOR A PERIODIFICATION OF THE BYZANTINE HISTORY.

(THE PROBLEM OF THE SEVENTH CENTURY CRISIS)

José Marín R.

In this article the author analyses, first, the problem implied when one periodifies History, stating that periodifications are always inexact, but useful.

He stops then in the specific problem of the Byzantine History and analyses some proposals of periodifications offered by some bizantinists like N. Baynes, H.W. Haussig, S. Runciman among others. He concludes that all of those are inexact, for they lack a clear basis, that is, they don't reflex Byzantium's historical reality.

However, it is remarked that those chronologies meet in some aspects, specially in to recognize that -between the 7th and 9th centuries- the Byzantine Civilization experimented a period of deep transformation: it is the phase known as "the 7th Century crisis", or, using D. Zakythinós's proposition, "The Great Breach", wich separates two well-defined historical spaces.

Finally, the autor proposes three new ways of periodification, each of them based on an specific historical aspect. The first one is based on the Helenic spirit of the Empire, that is, in the question of how a Latin Empire is transformed into a Greek one. The second periodification has the Byzantine Church as the main basis, in other words, how a Christian Orthodox Civilization is born. The last periodification emphasises the Empire's geographical extention and its evolution throughout a thousand years.

(Trad. de Juan C. Castillo).